

1º Congreso Internacional de Ciencias Humanas - Humanidades entre pasado y futuro. Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, Gral. San Martín, 2019.

El problema de las “ciencias humanas” desde los estudios de la animalidad.

Pedro N. Tenner.

Cita:

Pedro N. Tenner (2019). *El problema de las “ciencias humanas” desde los estudios de la animalidad. 1º Congreso Internacional de Ciencias Humanas - Humanidades entre pasado y futuro. Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, Gral. San Martín.*

Dirección estable:

<https://www.aacademica.org/1.congreso.internacional.de.ciencias.humanas/1217>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRUe/krx>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El problema de las “ciencias humanas” desde los estudios de la animalidad

Pedro Natán Tenner

UNSAM – UBA

Pedro_tenner@hotmail.com

Resumen

En nuestro trabajo nos proponemos cuestionar la relevancia epistemológica y el valor ético de las nociones de humanidades y ciencias humanas, difuminando los límites que la tradición ha trazado entre el humano y el animal. Para ello nos atendremos a la postura de Derrida y su crítica a la noción del umbral, ya sea un umbral dentro de una historia humana o un umbral entre un animal a-histórico y el comienzo del hombre y su historia. La imposibilidad de un umbral claro y distinto de la humanidad permite reconocer a su vez que no es posible tampoco delinear un espacio de lo humano, ni constituirlo en sujeto ni objeto de una ciencia. Asimismo, persistir en la pregunta por el hombre, implica la suposición de una disposición de lo viviente ante el ente privilegiado humano, así como una actitud especista y éticamente cuestionable ante ese otro radical (pues en tanto constitutivo existe en nuestras raíces).

Animalidad; humanidades; especismo; deconstrucción; umbral; instante

Ponencia (versión sintética)

Podría decirse que la filosofía toda de Derrida es un ejercicio de crítica del instante, y del instante como *umbral*; es decir, como una línea divisoria e indivisible, que viniera a demarcar dos territorios heterogéneos, y que se cruzara o no, que se permitiera cruzar o no, en un instante puntual. Una línea que nos sirviera de punto de referencia o piedra de toque para determinar, más allá de toda duda, dónde nos encontramos, de qué lado estamos en las dicotomías de la tradición: lo finito y lo infinito, la vigilia y el sueño, la vida y la muerte, la naturaleza y la cultura o el animal y el hombre. El ejercicio de deconstrucción se trata, entonces, de “dudar de la existencia de un umbral digno de ese nombre. El umbral no implica sólo ese límite indivisible que toda deconstrucción comienza por deconstruir (deconstruir es, en primer lugar, considerar que ninguna indivisibilidad, ninguna atomicidad, está garantizada), la figura clásica del umbral (que hay que deconstruir) no implica sólo esa indivisibilidad inencontrable; implica también la solidez de un suelo o de un fundamento, a su vez igualmente deconstruibles” (Derrida, 2010: 362).

Así, será necesario deconstruir, como umbral eminente y ejemplar, aquel que suele considerarse como el instante del paso de la animalidad al hombre, el momento, según Derrida, en que se pasaría de la reacción a la respuesta, a la *responsabilidad* como capacidad de respuesta, y por lo tanto a la libertad y la soberanía. Esta soberanía del hombre sobre el animal, como veremos en un momento, estará implícita siempre que la existencia de este umbral (cuando no su ubicación) se pretenda auto-evidente y no problemática, y siempre que se delinee un espacio donde pueda desarrollarse algo así como las “humanidades”.

Derrida buscará entonces remarcar la *porosidad* de ese umbral instantáneo, la fragilidad de aquello que hemos declarado como “propio” del hombre y que le hemos negado al animal. Se trata de reconocer que la animalidad y la humanidad se despliegan en un espacio líquido, y que por lo tanto los ámbitos se contaminarán mutuamente: los comportamientos humanos serán siempre animales y, a la inversa, una vida puramente animal, desprovista de determinaciones culturales, aparecerá como mítica. Todo animal tendrá algo de lo supuestamente propio del hombre. Y esto no sólo por una serie de hechos ya evidentes, pero de todas maneras cruciales, a saber, que los animales tienen

lenguaje, constituyen un mundo complejo y despliegan sus funciones vitales según organizaciones jerárquicas de poder. No sólo por esto, sino también por algo más fundamental y fundacional: el hecho de que la falta y la suplencia no son experiencias exclusivas del hombre, sino de todo lo viviente. Nada que esté vivo es autosuficiente, nada que viva puede persistir en la existencia sin introducir en sí lo otro de sí, como un momento constitutivo de su mismidad. La vida siempre ya ha comenzado a faltarse a sí misma, siempre ya ha tenido que echar mano de su otro. Es decir que la ficción suplementaria que solemos atribuir a la cultura es lo propio de la vida en general. O, para decirlo con Derrida, no hay momento de la vida ajeno a la escritura. La historia de la vida es la historia del *grama*: “Desde la ‘inscripción genética’ y las ‘cortas cadenas’ programáticas que regulan el comportamiento de la ameba o del anélido, hasta el pasaje más allá de la escritura alfabética, a las órdenes del logos y de un determinado *homo sapiens*, la posibilidad del grama estructura el movimiento de su historia según niveles, tipos y ritmos rigurosamente originales” (Derrida, 1986: 111-2).

Es crucial entender que lo que Derrida busca es no sólo extender el mundo de la técnica hacia las formas más elementales de lo animal, sino, a la inversa, reconocer que las formas más complejas de la técnica humana continúan siendo comportamientos animales. La escritura que, según ha señalado Husserl en su *Origen de la geometría*, abriría el paso más allá de la finitud hacia la infinitización, ya está en toda forma animal. Es decir que todo lo animal busca escapar de la animalidad más abyecta hacia algo fuera de sí. Así, querer superar la animalidad es el comportamiento eminentemente animal, es lo que constituye la animalidad. Que el hombre busque constantemente escapar a la animalidad no sirve entonces como argumento para negarle su carácter plenamente animal. Así es que puede entenderse, de hecho, la difuminación derrideana de la dicotomía entre el afuera y el adentro. Estar fuera de la animalidad es estar en ella, estar en ella es haberse ya volcado fuera de ella. Al difuminar los límites entre lo técnico y lo natural, se obtiene el resultado de que el hombre ya no será, de este modo, ni el ente privilegiado en el que el ser viene a presencia, ni el desvío catastrófico de la técnica a partir de una naturaleza autosuficiente.

Todo ello supone, desde luego, un problema para algo así como las ciencias humanas o humanidades. Pues evidentemente tambalea el delineamiento de “lo

humano”, y por ende su determinación como objeto o sujeto de una ciencia. El hombre deja de ser un ente delimitable, susceptible de advenir a presencia a través de una mirada epistémica cualquiera. No sólo porque no es una ruptura con lo animal, no sólo porque lo animal y lo humano se superponen al punto de confundirse, sino también porque no es posible considerar algo así como un único animal humano que existiera en un continuo consigo mismo. El hombre es más bien un momento de la vida, es decir, un momento de la escritura, pero que necesariamente estará disgregado en un sinfín de sub-momentos, en una pluralidad siempre divisible de formas de escribir. Esta pluralidad introduce la discontinuidad en el seno de la continuidad animal: lo animal es siempre ya otro de sí mismo. Sólo se puede ser sí mismo siendo ya otro de sí. Existir en el continuo de lo animal es existir en una ruptura que siempre ya ha ocurrido y que por lo tanto no permite delinear ni asir un objeto, cualquiera sea la especie que pretendiéramos estar identificando como un ente presente. Así, lo continuo es lo discontinuo, lo que significa que la difuminación de los límites no conduce a la identidad, sino a una exacerbación vertiginosa de las diferencias, exacerbación ésta que hace imposible el suelo firme necesario para cualquier ciencia.

Ahora bien, está claro que esta imposibilidad ha sido desatendida fácticamente, pues las denominadas ciencias humanas continúan produciendo texto prolíficamente, casi podríamos decir *ad nauseam*. Más allá de ello, quisiéramos resaltar una consecuencia de la pregunta por el hombre que va más allá de lo meramente epistemológico, y entra en el terreno ético (si es que en realidad esos dos ámbitos son siquiera escindibles). Porque en efecto, persistir siquiera en la pregunta por el hombre implica la suposición (siempre necesaria, aun cuando esté acompañada de las mejores intenciones en sentido contrario) de que lo viviente está a disposición de una parte de la vida, a saber, del viviente humano, que se declara ente privilegiado y soberano. El soberano es tal precisamente porque gobierna sobre la vida animal, decide acerca de ella. No se trata aquí sólo del especismo que justifica la sarcofagia y las vejaciones más abyectas hacia los animales; no se trata sólo de cómo es posible que se considere “natural” la producción artificial de una vida cuyo único horizonte es el de ser asesinada y devorada. No se trata sólo de ello –aunque eso de por sí sería bastante problemático–, sino de cuál es nuestra actitud ética frente al otro *radical*

que es el animal. Pues “radical” aquí quiere resaltar el hecho de que es una otredad constitutiva que está en nuestras *raíces*. *Somos* eso otro sobre lo que ejercemos la soberanía y que condenamos a muerte. Por lo tanto, la separación conceptual entre el hombre y el animal abre las puertas de una soberanía que se ejerce sobre lo animal en el hombre, y allana el camino para la legitimización de los momentos más atroces de ese segmento de la historia de la vida que suele llamarse “historia humana”. Pues detrás de todas esas atrocidades se encuentra siempre la decisión soberana de qué partes de lo viviente pueden estar a disposición de otra parte de lo viviente, es decir, qué debe ser reconocido como animal y qué como humano. Como señala Derrida, “ha habido y todavía hay en la especie humana ‘sujetos’ no reconocidos como tales y que reciben tratamiento de animal” (Derrida, 2008: 43). Un campo de concentración está regido por el mismo principio que un matadero. De esta manera, mientras persista aquella división, aquel umbral instantáneo que hace posible hablar de algo así como las “humanidades”, continuará siendo posible justificar aquello que Derrida ha dado a llamar *lo peor*, es decir, la mayor oscuridad y la mayor crueldad de la que la vida es capaz. En ese sentido, podría afirmarse que, lejos de caer en una misantropía, las posiciones posthumanistas vienen a introducir una preocupación por el destino del animal humano que los humanismos han descuidado.

Bibliografía

Derrida, J. (1986) *De la gramatología* [trad. Del Barco y Ceretti], siglo XXI, México D.F.

Derrida, J. (2000), *Introducción al origen de la geometría* [trad. Cohen], Buenos Aires, Manantial.

Derrida, J. (2008) *Fuerza de ley* [trad. Barberá y Peñalver Gómez], Tecnos, Madrid.

Derrida, J. (2010) *La bestia y el soberano* [trad. De Peretti y Rocha], Manantial, Buenos Aires.